

Utopía, de Tomás Moro (fragmento) IV MEDIO

La isla de UTOPIA posee unos doscientos kilómetros de extensión, y por larguísimo espacio no se estrecha considerablemente, pero en sus extremos queda reducida a unos cincuenta kilómetros. Estos extremos parecen torcidos, de tal forma que toda la isla parece una luna nueva...

En la isla hay cincuenta y cuatro ciudades. Todas tienen en común el idioma, las instituciones y las leyes. Puede decirse que todas ellas están construidas bajo un mismo modelo, mientras lo permite el terreno. Distan entre ellas unos veinte kilómetros, y ninguna está tan apartada de la más próxima como para que en una jornada un peatón no pueda desplazarse de una a otra.

Tres ciudadanos expertos y venerables de cada una de las ciudades se presentan anualmente en Amauroto, ciudad que está en el centro de la isla y resulta de fácil acceso a todas las demás. Cumple el rol de una Capital, porque es allí donde se tratan las cosas comunes y la regulación pública de todo el país.

Las plazas están amparadas con pórticos, tanto para el buen funcionamiento de los almacenes como para la comodidad de los habitantes. Los edificios son similares y muy bien cuidados, sobre todo sus fachadas. Las calles tienen veinte metros de ancho y todas las casas están rodeadas por jardines. Las casas tienen una puerta principal y una puerta falsa, con cerraduras simples, que todos pueden abrir fácilmente, para que cualquiera pueda entrar y salir por ellas, ya que nadie posee nada en particular.

Cada diez años todos cambian de domicilio por sorteo, y todos sienten el anhelo de dejar la casa lo más arreglada posible. Todos cuidan con esmero sus jardines. En ellos plantan cepas, árboles frutales, hortalizas y flores, con tanta belleza y dedicación que jamás he visto cosa igual. Este cuidado no es solamente para su deleite, sino que además compiten entre ellos para ver quién tiene los jardines más bonitos y mejor cuidados. Lo cierto es que no he hallado en ninguna ciudad nada que esté mejor acomodado, tanto para el provecho como para el deleite de los hombres. Parece que Utopo (el fundador) puso en esto el máximo cuidado, y es conocido que planificó el trazado desde el principio, aunque en cuanto al adorno estableció que los habitantes luego lo arreglaran como mejor les acomodase, ya que los gustos varían con los tiempos.